

**El Obelisco,
suplemento cultural de El Supuesto**

DIARIO SOBRE EL ADIÓS

Número XXXIV

Reflexiones, poemas y más

Directorio

Director Editorial

Sergio Eduardo Audelo Egea

Directores Administrativos

Francisco Javier Vargas Fentanes

Diseño Editorial

Alejandro García Cortez

Asesores Editoriales

Silvia Favela Olivares

Emilia Osorio Pérez

Abner Heredia Bustos

Mariana León Montelongo

Medios digitales

José Luis Becerril Lobera

Recursos

Fotografías de Unsplash, en orden de aparición:

Sunset por Jason Blackeye

Alone in the dark por Atharva Tulsi

Consciouness por Deglee Ganzoring

Reloj por Gif Frame

Retrato por DeAndre Bush

Gráfico de corazón OnlyGFX.com

Ilustraciones científicas Biodiversity Heritage Libraru Flickr

Editorial

It's no use going back to yesterday, because I was a different person then.

Alice in Wonderland, Lewis Carroll

¿Hay algo que pudimos haber hecho?

Algo cambia en el momento en el que tenemos nuestra primera despedida. Ese punto en el que, de repente, empezamos a ver nuestra vida teñida de adioses. El adiós repentino a etapas completas de nuestras vidas. El adiós a esa persona con la que compartimos una eternidad de sentimientos. El adiós a las personas que nos dieron la bienvenida a este mundo. El adiós a una vida cotidiana y 'normal' que podría no volver a ser la misma. Después de cada una de estas despedidas, en el momento de dolor posterior, es inevitable que nos preguntemos si algo haríamos diferente si lo pudiéramos reiniciar todo. Nos preguntamos si el adiós puede evitarse, hasta el momento en el que nosotrxs mismxs debemos de decir adiós.

Bien dicen que la calma viene después de la tormenta, pero nadie te prepara para esa calma. Para ese silencio, para ese vacío que complementa, destroza o libera. El adiós es el silencio al cerrar capítulos, historias, o libros enteros. Pero es vital recordar que siempre hay más libros por leer, historias por contar, capítulos que escribir.

El fin nos otorga la oportunidad de decidir sobre nuestro tiempo posterior, sobre las cosas que verdaderamente valoramos, y sobre a quiénes o a qué dedicarnos. Una vida sin adiós, sin esa indudable certeza que terminará en algún momento, sería cederle paso a la indiferencia frente a las cosas que amamos. Hay algo que nos deja todo lo se despide, y siempre nosotrxs dejamos algo al irnos. Las despedidas son mentiras. Las personas se van. Los lugares se abandonan. Las cosas se pierden. Los momentos se esfuman. Pero nada ni nadie desaparece. Siempre se queda algo con nosotrxs.

Sergio Audelo
Director Editorial

Creecer.

Nadya Soto

Te vi

Leías,

Caminabas,

Esto duele.

Te vi,

Reías,

¿Bailabas?

Qué desesperante.

Te vi,

No hiciste nada,

No hice nada,

¿Adiós?

Te vi,

Estás perdido,

Intentas tapar las heridas,

¿Y el "por siempre"?

Te vi,

Esto es definitivo,

Lo entiendo,

Se acabó.

Te vi,

¿Te hago falta?

¿Me extrañas?

¿Qué estoy diciendo?

¿Qué estoy haciendo?

Te vi,

Me fui,

¿Es lo mejor?

Sí.

Me vi,

Leía,

Caminaba,

Sonreía.

Bailaba,

Disfrutaba,

Crecía.

Mejoraba,

Respiraba,

Cambiaba.

Me vi,

Adiós,

Adiós,

Adiós.



El hilo Carla E. Casas Z.

Llaves. Cartera. Chamarra, ¿hará frío? ¿lloverá? Me asomo por la ventana para analizar los nubarrones que se forman con su panza llena de agua. -Aguanta para unas dos horas antes del aguacero-, pienso. A veces, creo que tengo cualidades para predecir el clima. Más allá del dolor en las rodillas por la humedad, más allá del fresco del que habla mi abuela cuando abre la puerta del patio. Es como un “no sé qué”, “qué sé yo” que me dice que aún no vendrá el diluvio.

¿A dónde voy? Me apetece un cappuccino moka del 7eleven. No sé por qué la gente los discrimina tanto. Sí, no afirmo que los ingredientes del Seven sean los mismos que los de la cafetería esnob artesanal de la colonia Condesa, pero me gustan. Si tienen petróleo y ácidos, felicítenme al químico en alimentos que hizo un gran trabajo en engañar mi paladar o, en su defecto, adormecer mis papilas gustativas poco refinadas.



Salgo por la puerta principal del edificio. Me despido amablemente del policía en turno.

Decidió no fraternizar con los guardias. Desde que la señora del 304 descubrió a uno dormirse en horas laborales, cambian constantemente y me frustra entablar relaciones tan efímeras.

El cielo dispara un resplandor. Uno... dos... tres... y se escucha un trueno, como si anunciara que pronto mojará por estos lares. “Aún hay tiempo”, me susurro mientras me coloco los audífonos y saco el libro manoseado de Benedetti, “La Tregua”. Ahí, en el fondo de mi bolsa, también está “La metamorfosis” de Ovidio. Lo llevo a todos lados y ni hago el menor intento de sacarlo. Lo leo a mordidas.

Llego al Seven y compro mi cappuccino. Entro como salgo: rápido y de forma mecánica. Me gusta caminar mientras leo. Abro el libro, busco la página en la que me quedé y comienzo a [re]leer: “Estoy enamorado de usted, Avellaneda”. Mis pies se lanzan hacia adelante, saben qué dirección tomar, permiten a mis ojos y a mi alma disfrutar de la pluma de Benedetti. Andan, andan, andan mientras devoro las páginas y doy sorbos a mi bebida. Marchan, marchan, marchan mientras el mundo se vuelve un escenario dinámico e impersonal.

Tomo Tarcuato Tasso y doblo hacia Homero. Subo al camellón y siento alivio. No tendré que esquiyar peatones y no tendré que cuidarme de hundirme en las coladeras o en las grietas de las banquetas. En México, el erario público lo podemos ver pobremente reflejado en nuestras calles: remodelaron hace unos meses el camellón, pero aún está el socavón de Mariano Escobedo. Las palabras de nuestros gobernantes



se parecen a las promesas de un amante: “te amo, te haré el amor, estaré contigo unas horas y, después, saldré con los zapatos en la mano escapándome de tus reclamos; pero, recuerda que te amo y hago esto por tu bien”. Malamente, los mexicanos aprendimos a identificar las mentiras y tomarlas por verdades porque se siente mejor, porque duele menos. Algo así como convencernos de que nuestro amante evasivo volverá y jurará amor eterno.

Martín Santomé se enamora de Laura Avellaneda, él cree que es ridículo debido a que es mucho mayor que ella, pero concluye que así es el amor y que se debe compartir. Como diría Silvio Rodríguez: “los amores cobardes no llegan a amores”. No puedo evitar parodiar a mi abuela y escucharme decir: “¡Viejo raboverde! ¡Anda de caliente y cochino!”. Suelto una risita porque soné igual a ella. La verdad, gusto de tener amores mayores que yo. Me saben diferente, me resultan placenteros.

Podría decir que son amores desgastantes, no son sencillos. Inevitablemente, la vida te deja heridas y entre más años, más de ellas tienes. Lidar con heridas ajenas te deja raído. No porque te las apropias, sino porque convivir con ellas fatiga. Es como vivir con un fantasma incómodo en la habitación. No son personas libres, pero, al menos en la cama, me satisfacen más. “Los hombres mayores son más maduros”. Falso. Muchos con los que he estado tienen la inteligencia emocional de un sapo y la capacidad comunicativa de un ratón.

¿Un sapo? ¿Por qué dije sapo? Miro sin mirar los pasos de mis pies. Me acuerdo de “Bestiario”

de Arreola, uno de mis fragmentos favoritos es el de ese anfibio. “El sapo es todo corazón, [...] como un corazón tirado al suelo”. Infinidad de veces he escuchado que tengo que besar muchos sapos para encontrar al príncipe azul, pero nadie me dijo que el sapo dolería y lo añoraría. Tendemos a romantizar al sapo porque nos enamoramos de una imagen, de una fantasía que construimos alrededor de alguien.



Me acordé del libro arrumbado en mi bolsa. En “La metamorfosis”, Ovidio cuenta que Pigmalión no encontró una dama a la altura de sus expectativas así que creó una propia: talló la estatua de una mujer perfecta, trabajó en ella con tanto esmero y tanto amor que Afrodita, conmovida, la trajo a la vida. Cuántas veces maquillamos a nuestros amores no correspondidos y esperamos un milagro, una caricia marmórea que se vuelva amorosa. Pero no hay dioses observantes, no hay embrujo ni plegaria que te dé algo que no existe.

Una ya se cansa, una ya busca un amor “sin complejos de Disney” como dice la canción de Carlos Neda. Leí que a los millenials nos cuesta tener relaciones afectivas. No sabemos tenerlas porque no son tan fáciles como un like. Ya es común escuchar: “Le dio me encanta a mi foto, de seguro le gusto y se quiere acostar conmigo. Le voy a mandar mensaje”. ¡Qué difíciles somos y qué fácil queremos que

sucedan las cosas! Sinceramente, prefiero las épocas de los boleros románticos y pegajosos:

Mujer,

Si puedes tú con Dios hablar

Pregúntale si yo alguna vez

Te he dejado de adorar.



Creo que nos falta un poquito del esfuerzo y del romance de las cartas a mano, como las que Sabines le escribía religiosamente a Chepita, de las serenatas bajo la luna como la de Pedro Infante en "Los Gavilanes" y de los bailecitos de cachete con cachete en los que nuestros abuelos se abrazaban.

En frente de la panadería, veo a una pareja mirarse a los ojos, besarse, sin importarles lo meloso y ridículo que les podría parecer el espectáculo a los curiosos transeúntes como yo. No puedo evitar sentir cierta envidia, una gotita de amargura que se calma cuando susurro desganada: "qué bueno que se encontraron". Creo que todos buscamos desesperadamente encontrar a alguien con quien conectar.

No creo que sea algo nuevo. En El Banquete, Platón comenta que, en otro tiempo, existió un ser de cuatro piernas, cuatro brazos y dos cabezas que poseía ambos sexos o un par de uno. Era una criatura imparable. No recuerdo qué dios olímpico sintió celos de este poderoso ser y lo partió por la mitad creando a los hombres y a las mujeres. Sin embargo, esta separación

dejó un eco muy grande, un vacío insaciable en nosotros y es por eso que pasamos nuestra vida buscando nuestra "otra mitad". Necesitamos sentirnos completos, necesitamos encontrar a aquella persona con la que nuestra existencia haga sentido.

Qué ironía. Buscamos encontrarnos y completarnos a través de alguien más pero no podemos evitar negarlo. Me quedé admirando a la cariñosa pareja y me sobresaltó el pensamiento de que podrían verme espiarlos. Continué caminando. Recordé que la otra noche estuve con un alguien. No sé por qué lo hice, no me arrepiento, pero es la décima vez que digo que sería la última. ¿Dije "alguien"? ¿así de impersonal? sin nombre, no tenemos nombre. Es "alguien" con quien se me olvida mi soledad, "alguien" con quien quisiera ser alguien.

Tal vez solo quería volver a sentir la adrenalina de querer comernos la boca a besos. Se quedó en mi cama una hora por amabilidad, "ya me voy" dijo de sopetón mientras mi cabeza reposaba sobre su pecho. No pude pedirle que se quedara porque no éramos... no somos nada. Me limité a clavar las uñas en las sábanas, mantener la lengua entre los dientes y asentir mientras me quitaba los rizos de la cara. Mi sapito escurridizo salió disparado por la puerta con el cinturón a medio abrochar y los cordones de los zapatos a medio amarrar.

Casi tropiezo. Un señor me tomó del codo, me preguntó si estaba bien y, después de asentir, desapareció entre la muchedumbre que cruzaba la calle. Recordé una frase de un cuento de Bukowski: "Estaban follando bien, cuando sonó el teléfono". follando, sí, era una traducción española la que leí. Algún profesor de filosofía de la universidad me dijo que es común que



en los escritos de la generación beat, podamos encontrar muy pocos adjetivos calificativos. Me quedé pensando. ¿Qué tal estuvo tu día? "bien», ¿cómo estás? "bien», ¿qué tal estuvo tu comida? "bien», ¿qué tal follaste? "bien». Vivimos la vida por vivir, vivimos "bien». Creo que ya no degustamos el amor y el sexo lo pedimos para llevar.

El señor de los elotes ya se puso en su esquina, a la salida - ¿o entrada? - del metro. El ejército de oficinistas marcha a la boca del subterráneo buscando librar la inminente lluvia. Algunos se arremolinan frente al puesto de los elotes y esperan el muy anhelado "¿qué le sirvo? ¿Esquite o elote?". En lo personal, si voy a hacer una travesía en metro, en la que probablemente me apachurren hasta sacarme los intestinos, preferiría pedir un esquite porque es menos aparatoso. Aunque un elote pelón y mordisqueado sería una buena arma para pedir amablemente a los usuarios del Sistema de Transporte Colectivo Metro que guarden su distancia. Mi predicción falló y me agarró la lluvia. Me resguardo bajo el toldo de una farmacia San Pablo. Una señora se ríe de mis caireles húmedos y esponjados. "Está fuerte la lluvia ¿no? Va a hacer más tráfico, va a haber más gente y voy a llegar tardísimo a mi casa". Pa' que le digo que no si sí. Cuando era niña, mi tía Saribel gritaba "¡la lluvia vuelve loca a la gente! ¡todos se vuelven locos!", cuando veía tres gotas caer sobre el parabrisas del coche. La lluvia también te pone melancólico e introspectivo. Uno se pierde entre gota y gota, entre pensamiento y pensamiento. Me despedí furtivamente de la señora desconocida y decidí seguir caminando bajo la lluvia que había aminorado y se había convertido en pringa.

Recibí un mensaje de mi papá: "Nuevo virus originario de Wuhan, China, se desata. Contagios incrementan en Europa". Rayos ¿llegará hasta acá? Dicen que alguien se comió un murciélago. ¿Por qué no se comió un dumpling o algo así? ¿Qué pasará cuando llegue acá? Es cuestión de tiempo, dicen. No creo que México esté listo para algo así, pero, como siempre, iremos resolviendo, o no, las cosas en la marcha. Escucho la voz de mi abuela decir: "Mierda. El mundo se está yendo a la mierda". No lo sé, yo creo que la depresión es exceso de pasado y que la ansiedad es exceso de futuro. Creo que debemos de cultivar el arte de estar aquí y ahora. Me duelen los pies, debo dejar de caminar. ¿Y si me siento a ver la lluvia antes de que el mundo se vaya a la mierda?



El reflejo de nuestros nombres

Salvador Emiliano Aguirre Solano

C

Estoy sentado en mi sala, apago la televisión y en el reflejo de ésta puedo verme, aunque en esa imagen no estoy solo; treinta y dos letras caminan alrededor de la mesa de centro.

Las deletreo y me ataca un sentimiento rumoroso que tiene toda la esencia tuya.

Hoy es una maldita noche, prefiero el olvido.

Pronuncio lo que en conjunto dicen y me invade el miedo, este me implora,
dice que huya.

N

Hay memorias sin broche, la tranquilidad se ha ido.

Al acercarme a las letras me percató de su olor a encierro, a refrigerador vacío. Éstas se mofan de mí, ríen mientras pasean en la casa cargando mis recuerdos sobre ti. Todas se burlan aún más cuando me cuentan que ignoras tus recuerdos sobre mí.

Las leo y ansío que su sonido sea diferente; no quiero verte cuando me llaman.

Hoy no me representan más, quisiera reescribir los hechos.

Obstinadas, estas me sujetan para tatuarme contra mi voluntad.

¿Habrá remedio para que no arda?

Q

Mi sangre hierve ya, es un sentimiento sin techo.

De mi entintada piel surgen unos hilos manejados por las treinta y dos letras, quienes no necesitan transformarse; siempre han sido titiriteras. Éstas me obligan a caminar para ir al balcón. Debo desprenderme, dejarlas en el camino. Entonces, le pido auxilio a mis nombres; veintinueve letras llegan para pelear y defenderme. Presencio los golpes, la tinta derramada, las sombras mezcladas en la riña y, en algún momento de la misma, soy incapaz de diferenciar mis letras de tus nombres. No me sorprende porque las heredé, no me sorprende porque estas letras son tan tuyas y a la vez tan mías.

Y borro con fuerza la trama, pero la marca sigue con despecho.

Y muerdo los hilos y bramo; la parca avisa, "casi está hecho".

Y lloro un raudal porque aún no estoy listo para despedirme.

Y enfurezco, solo quiero perdonarte para encontrarme.

La pelea ha escalado: ahora es una guerra donde los bombarderos sobrevuelan los cielos que solían ser el techo de mi casa. ¿Por qué te atacan? En lontananza, y entre explosiones, veo el rastro de tus nombres heridos. Creo que lo entiendo: jamás fue tu intención ser parte de esta

guerra. Las balas me miran, pero te interpones en su camino. ¿Por qué me defiendes? Intento acercarme, pero una detonación levanta escombros y yo te pierdo de vista. Explotan otras, otras y otras bombas. Súbitamente, estoy muy alejado de ti, aunque todavía distingo el lugar de la batalla. Creo que lo comprendo: jamás fue tu intención dañarnos así. Creo que lo entiendo: para salvarnos, nos alejaste de esta lucha tuya; de este enfrentamiento que bifurca nuestros caminos, pero que nunca podrá quitar el vínculo entre nuestros nombres. Y aunque ahora nos unirá el adiós, siempre podrás nombrar mis letras para encontrar resguardo y reconcilio.



El muerto

Karla Estrada

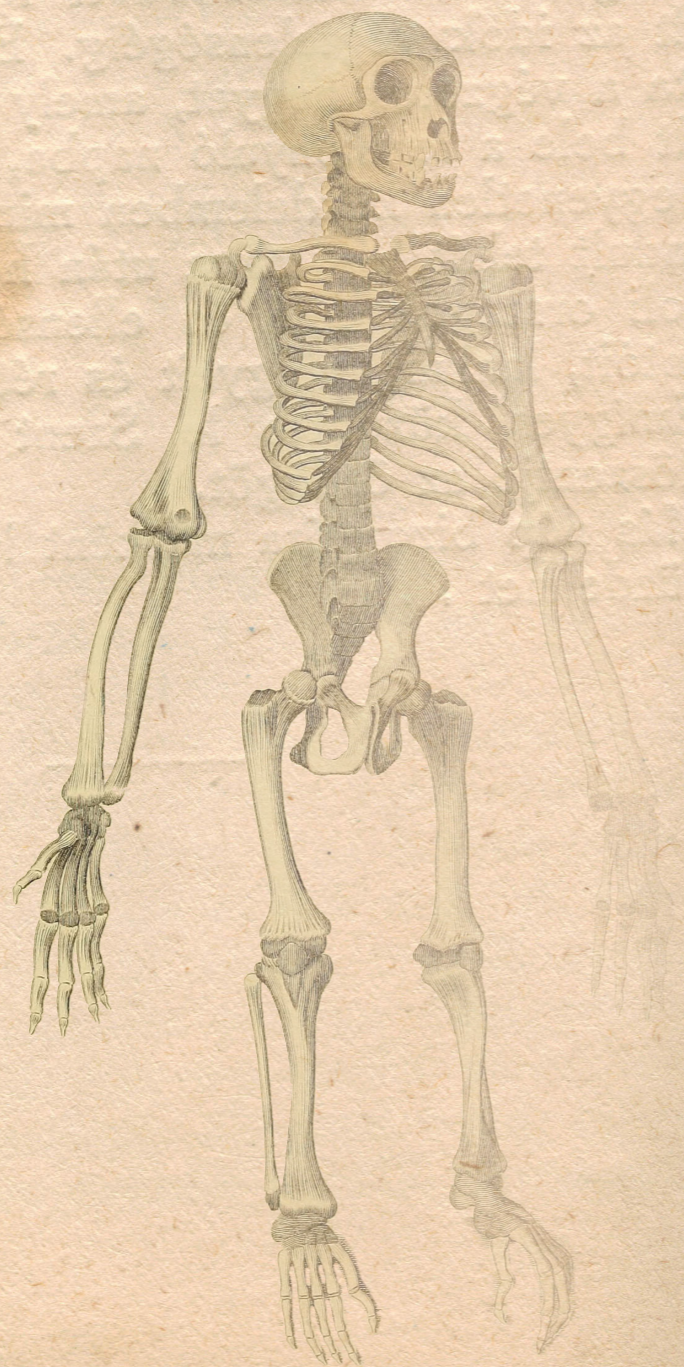
Cuando alguien muere todo a su alrededor muere por un instante también. Es como si el alma en su paso de la vida a la muerte se llevara, momentáneamente consigo, todo lo vivo que está a su alrededor. Es casi como si el alma, en un último esfuerzo por no irse del mundo de los vivos, se aferrara a todo aquello que reboza de lo que cada vez más y más le falta; entonces rasguña y jala a todos esos objetos llenos de vida o dadores de vida.

Entre esos rasguños y jalones, el alma trata de quedarse con un poco de la vida que hay en esos objetos, lo intenta y lo intenta, se aferra a la vida. Especialmente aquellas almas que mueren muy jóvenes y llenas de ilusiones, pero con cada intento fracasan, y mientras más fracasan, más fuertes son sus rasguños y jirones e intentos por quedarse en la vida de los vivos y no en la de los muertos.

Por eso, cuando alguien acaba de morir, repentinamente y por unos momentos, todo cambia. El agua entonces sabe a muerto, las cosas ya no saben y las flores huelen a panteón. Las risas no suenan graciosas, los llantos son más lastimeros, el aire te estorba para respirar y se siente un dolor en el pecho, casi como si te sacaran el corazón. Todas esas cosas son solo el reflejo del alma que se está yendo, pero no quiere irse y se aferra a todo: incluso a nosotros, los vivos, a nuestra vida. Por eso el dolor en el corazón y los fantasmas que a veces vemos y escuchamos.

Uno se preguntará ¿por qué el alma se resiste a irse?, ¿por qué se resiste a partir si se supone que la vida de los muertos es mejor que la de los vivos? Libre de dolor, sin sufrimiento y sin fin. No tengo la respuesta, tal vez el alma está dis-

traída, embelesada de tantos placeres, de tantos sentimientos, de tanto. Se niega a conocer lo nuevo porque ama esta vida, o quizá simplemente el alma se queda porque todos la recordamos, porque todos la hacemos vivir, le infundimos vida. Quizá quiere quedarse porque nosotros queremos que se quede.



Sobre alfileres
O entre nubes
Siempre hieres
Nunca quieres

Escuché gritar mi nombre
Y supe que te quise
Quería que fueras el hombre
Con el dedo en el timbre

Naomi Bartolo



Perder es vivir

El maldito adiós. Es difícil saber cuándo decir adiós. El luto no es algo común en nuestra cultura. Solo nos vemos frente a la pérdida cuando alguien muere, pues ese tipo de cosas no se pueden esconder debajo de un mueble. Pero los otros millones de pérdidas que enfrentamos, las ocultamos en donde sea que quepan. Porque perder algo te hace menos, te califica como un perdedor y, por lo tanto, alguien que no merece más: porque lo pierde.

A nadie le gusta perder porque, aparte de degradar la calidad del ser, implica sensaciones y sentimientos. Trae dolor, tristeza, melancolía y nostalgia. A veces es fácil reconocer esos sentimientos, pero otras veces son tan fuertes o indeseados que vienen envueltos en paquetes que hablan otro idioma. Por ejemplo: cansancio, hambre, insatisfacción, aburrimiento, enojo, ansiedad, etc. Todas estas sensaciones comunes en un mundo frenético e inhumano, donde lo único que cuenta es cuanto se puede consumir. Entonces vivimos un luto no hablado, cada vez más doloroso que ni siquiera se presenta en sí. Y nos preguntamos qué está mal con nosotros, consumimos más, hacemos más cosas y nos damos menos tiempo para enfrentarnos a esas sensaciones. Es preferible vivir drogado por medicinas contra la ansiedad que enfrentar estos síntomas. Y cada vez nos alejamos más, es decir, nos matamos en vida.

Además de la negación propia a enfrentar un luto, el sistema occidental tampoco lo promueve. El mundo no se detiene, sin importar qué. Si pierdes el paso te quedas atrás. La selección natural hace su trabajo y tú quedas fuera. Nadie quiere quedar fuera, parar es de perdedores y los perdedores no merecen nada.

Hace unos meses entramos a una pandemia mundial. Tuvimos que pasar a clases en línea y resolver todas nuestras necesidades en nuestra casa. En primer lugar, la casa no es sinónimo de hogar, es muy probable que personas tuvieran que encerrarse en un lugar inseguro o amenazante, con violencia doméstica y tener que enfrentar cara a cara el estar con uno mismo. Esto genera incomodidad, que suele traducirse en enojo.

Por otro lado, nuestras vidas se vieron reducidas espacial y socialmente. Dejamos de transitar diversos espacios, caminar, trasladarnos entre lugares y estar al aire

libre. Dejamos de ver a nuestros compañeros, amigos, familiares. Los cumpleaños se hicieron virtuales, las fiestas, bodas y graduaciones se quedaron en pausa. Aun así, el calendario no se movió. Las clases tenían que seguir el plan que se hizo antes de la pandemia.

Una gran cantidad de estudiantes tomaron verano. Verano en el calendario escolar del ITAM significa dos semanas de "vacaciones", una antes de verano y otra después, en las que hay que terminar de checar calificaciones, hacer el horario del siguiente periodo y pagar colegiaturas. Es decir, no hay vacaciones. Así que los estudiantes que metieron verano no han tenido vacaciones desde diciembre.

Por un lado, era necesario seguir con la actividad económica y social desde nuestras casas para sostener, de alguna manera, la vida cotidiana. Sin embargo, ante un panorama repleto de incertidumbre en la que las exigencias no se detienen seguir adelante sin parar tiene un costo social no reconocido. Es cierto que eso mantuvo a flote la economía, junto con el comercio informal, pero no se ha hablado de lo que significa en la salud mental.

La falta de reconocimiento ante la pérdida de cierta libertad, de actividades y planes ha generado más ansiedad. En mi caso, las clases en línea me ponían triste y no veía por qué. Fue cuando entendí que había enfrentado una pérdida de la que ni siquiera había tenido tiempo o disposición de identificar. Había pasado otra vez como si no hubiera perdido nada, pero en realidad era algo muy grande.

Pensando todavía más allá, me di cuenta de que no era la única pérdida que había tomado de esa manera. A lo largo de mi vida, como todos, he tenido momentos difíciles, perdido relaciones y cosas que apreciaba mucho. Sin embargo, nunca me he detenido a vivir el luto. Me di cuenta de que mi relación con el luto era de total y completa negación. Inconscientemente, prefería olvidar ciertos momentos o no tenerlos en cuenta, porque si ellos fueron verdaderos, entonces la posición en la que estoy ahora sería, y es, muy dolorosa. Prefería hacer como que los momentos felices no existieron, para que su pérdida no doliera. No obstante, la verdad pesa cada vez más.

El no decir adiós, el hacer como que las cosas no pasaron u olvidarlas es perderlas y perderse a uno mismo con ellas. Todo en este mundo es efímero, eso lo sabemos conscientemente, aunque lo peleamos inconscientemente. Al no aceptar, reconocer y agradecer las situaciones, no nos reconocemos como otros frente a ellas. No nos delimitamos ni identificamos y nos apegamos a cosas que se acaban. Entonces cuando se terminan, una parte de nosotros se queda atrás con ellas. Poco a poco vamos dejando pedazos de nosotros en cosas que ya no son, y nos vamos matando. Dejamos de ser sensibles y empáticos, ya no podemos pasar un rato solos: sin celular, sin comer o beber, sin dejar de movernos. Perdemos la capacidad de ser.

Sin embargo, el que tiene o vive algo inevitablemente lo pierde. El que no pierde, no tuvo. No se puede vivir sin perder. Saber perder es saber vivir. Aprender a disfrutar las cosas mientras duren, reconocer su importancia y como nos nutren, para después despedirse y seguir adelante. Saber perder es saber tener sentimientos. Gritar sin pena que algo nos emociona, como estar enamorados. Llorar a todo pulmón cuando estamos tristes. Es reconocer que algo nos hizo felices, pero que ya no nos conectamos como antes. Saber perder es saber sentir y sentir es estar vivos. Vivos más allá de cumplir con nuestras necesidades fisiológicas. Vivos para ser todo lo que somos y encontrarnos en el camino. No solo ser un engranaje más en un sistema que ni siquiera comprendemos.

Es por eso por lo que decir adiós nos dará vida. Es necesario tener cierres, ceremonias y símbolos que le den sentido a nuestro paso por las etapas de la vida. Celebrar aniversarios, graduaciones, cumpleaños, pequeños y grandes logros. Es necesario detenerse y tomarse el tiempo de entender qué nos pasa y en dónde estamos. Celebrar la vida, compartir la existencia, respirar y sonreír porque podemos, porque estamos vivos.

Muchos le tenemos miedo al adiós, porque no nos hemos dado la oportunidad de abrir nuestros corazones ante cosas que nos destrazan. Tenemos miedo de sentir, pero, no nos damos cuenta de que, en realidad, hemos dejado de sentir. No quiero matarme en vida. No quiero cerrarme ante lo que me rodea y todo lo que puede ser. No quiero seguir cargando con mi pasado. Por eso esta pandemia he repensado mi relación con el luto, me he tomado el tiempo y quiero agradecer a todas esas cosas que ya no están conmigo, pero formaron a la persona que soy hoy.

Los dejo con una frase que me dijo alguien que ya no está en este mundo: "No podemos vivir fuera del sistema, somos seres sociales. Tienes que aprender a estar en el sistema sin ser del sistema. Y para eso necesitas una red de apoyo que te haga pensar críticamente constantemente, si no, cualquiera es absorbido." Hagan amigos para que su paso por aquí sea maravilloso. Si no saben por dónde empezar, siempre se tienen a ustedes y ahora me tienen a mí.



Así que pasen cinco años o el presente inasible

Es una obra de teatro escrita por Federico García Lorca, perteneciente, junto con "El público" y "Comedia sin título" al ciclo del teatro imposible, en el que el autor explora el lenguaje del surrealismo, así como las posibilidades dramáticas de la expresión poética. García Lorca la consideraba irrepresentable por su narrativa no convencional y sus diálogos infestados de lirismo. El autor publicó la obra en 1931, cinco años antes de su propia muerte. Fue representada por primera vez en Francia el año de 1959, pero no fue sino hasta 10 años después que Julio Castillo la montó con su lengua original en México D.F.

Lo primero que se nos presenta es al personaje del Anciano, conversando con el Joven, quien al describir a su amada teme sentir que en carne verdadera ella desgarrará el cuerpo que su imaginación ha modelado; en su mente la Novia tiene siempre 15 años, pero cuando la mira, ella envejece. El Anciano predica que para no envejecer la debe recordar hacia adelante. Y el único conservador para la edad ideal es medir su vida con la unidad de una palabra poética. Así, ella siempre tendrá 15 abril, 15 inviernos, 15 girasoles. Recordar hacia adelante significa enunciar lo que se vive, lanzar la palabra desde el recuerdo hacia el futuro de la voz. Cuando lo vivido se declara en poema, las palabras engarzadas con lirismo se transforman en un presente potencial, porque la lectura de las imágenes y los destellos otorgan sensaciones y eso hace que el reposo de la vida en la mente vuelva a adquirir dinamismo en la oración. Por eso el recuento de la edad debe hacerse con flores y nieve.

El viejo sale y entran, encarnadas en dos amigos del joven, dos formas de adaptarse al curso del tiempo cuando se toma consciencia de su movimiento. El primer amigo presume, sin cansancio, la diversidad de sus conquistas amorosas, ejerce el caudal de su vida generando energía a través del curso de los instantes. Cada jornada que tenga un sitio en su memoria debe producir la energía de un encuentro erótico. La fuerza empuje del tiempo debe transformarse en la fuerza sexual. Así, el cuerpo pesca con sus miembros un impulso distinto del que nos empuja hacia la muerte. Ese amor carnal actúa como huida y refugio.

El segundo amigo tiene, al contrario, una idea mística del tiempo, no pretende huir de él y refugiarse, sino todo lo contrario, desea unírsele y mimetizarlo con el acto de hacerse cada vez más joven hasta "desnacer". Vivir como las microscópicas mujeres de las gotas de lluvia, que nacen plenas y mueren cuando vuelven a ser diminutas. Para el segundo amigo la cura contra el dolor del envejecimiento está en mudarse imperceptible, abolir la idea que los otros tienen sobre él, porque a final de cuentas nos tejen las miradas de los otros. Un niño pequeño, recién nacido, no posee ningún concepto particular que lo enmarque.

Traspapelada con esta escena, aparece la historia de la gata y el niño. Los fantasmas reflexionan sobre su propia muerte. En la relatividad de las medidas, dos vidas tan pequeñas lucen igual que dos motas de polvo. Estas criaturas parecen simbolizar nuestra fragilidad y a través de su ternura dibujan nuestro temor.



Una vez transcurridos 5 años de espera, llega el momento del encuentro, pero la Novia se ha decidido por otro amante. Un hombre que con su silencio la libera de la inspiración ardiente de su prometido original. Porque la idealización funciona también como una cárcel. Que el lenguaje de otro nos exprese, aprisiona, pues eso nos aleja de nuestro propio lenguaje, de nuestra propia expresión. Cuando queda hecha esta declaración y después de una escena de incomodidad con la familia, es el mismo lenguaje del Joven el que le reprocha sus errores, pues el vestido de novia que estaba destinado para Ella le pide que encuentre un nuevo cuerpo al cual ceñirse. Siente en las entrañas de su tejido el hijo que dibujará al Joven cuando este desaparezca. La búsqueda se dirige a la Mecnógrafa aparecida en la primera escena, quien fue rechazada por el Novio.

Cuando al fin la encuentra, ella le impone, al igual que la Novia, un plazo de cinco años para poder casarse y con esta acción dibuja la figura del ser humano con el tiempo. Sigue una persecución de ideales que con el paso de la distancia expresan que todos estamos en un ciclo interminable.

García Lorca comienza con un encabezado que declara a su obra una leyenda sobre el tiempo. Por lo tanto, sus personajes no pretenden tener caracteres realistas, sino que buscan construirse en el plano de lo puramente onírico para confeccionar la concepción literaria de una experiencia.

Hay literatura que pretende reproducir una experiencia de manera realista para introducir al lector en la consciencia de los personajes. También hay literatura que, a través de la distancia entre la consciencia del espectador y la del personaje, convierte al primero en un testigo inactivo de hechos altamente estimulantes. Ambos tipos de literatura buscan que el lector se identifique con el personaje, dejando en aquél una nueva perspectiva sobre el mundo que habita.

Existe un tercer tipo de literatura que no construye una identificación del personaje con el lector, sino que plasma una consciencia sobre un fenómeno específico del mundo, a través de personajes que delimitan con sus espíritus, las ideas y los sentimientos a través de los cuales el autor experimentó cierto fenómeno. A diferencia de los primeros dos tipos de literatura, ésta no construye

personajes individuales cuyas vidas convergen por azar en un mundo donde nace el drama que las transforma. Al contrario, en este tipo de literatura los personajes son profundamente interdependientes y no poseen una individualidad real, porque todos ellos son parte de un mismo tejido, el tejido de una mirada particular sobre la vida. En los otros dos tipos de literatura la trama está en los choques de las diversas individualidades, en este tercer tipo la trama es la individualidad. A los primeros dos tipos pertenecen la novela y el teatro. Al tercer tipo pertenecen las leyendas y los mitos. Ambos construyen diferentes clases de consciencia, los primeros dos son flujos de significados distintos y polivalentes, el tercero construye un solo significado, o un solo código. El empleo del lenguaje contra la construcción del lenguaje.

Hay leyendas que significan un lugar, una época, un suceso histórico, un personaje; o leyendas que sustentan a otras para crear todo un código de asimilación de la realidad, pero todas remiten a una experiencia del mundo. En el caso que nos atañe remite a la experiencia del tiempo.

Así que pasen cinco años es una leyenda sobre la experiencia del tiempo, pero a la vez describe nuestra relación con el lenguaje, que nos salva del aislamiento devorador y amuralla nuestro espíritu, tal como lo hacen los océanos con las islas, que no poseen otro camino. Existen tres componentes en la experiencia del tiempo. Dos partes constituyen lo que podemos palpar de él y son una fuerza de deseo dirigida hacia dos direcciones opuestas: el deseo que quisiéramos vivir y el deseo de lo que vivimos en el pasado. La tercera parte es el contraste entre ambas, lo que todo el tiempo sentimos y nos traspasa sin poderlo apresar. El lenguaje, asimismo, sólo nos ofrece la comunión con el ideal de lo que amamos, o la distancia cristalina con la realidad de lo que deseamos. La nostalgia y la esperanza juntas, proyectando la sombra de un presente inasible.

Everything that lives

Paco Castañeda

El titán Cronos, temeroso de que sus hijos le usurparan el trono de la misma forma que él hizo con su padre, devoraba a sus hijos tan pronto salían del vientre de su madre. Rea, madre de Zeus, sabiendo el destino que le esperaba a su último hijo, tomó una piedra y la envolvió en pañales. Cuando Cronos llegó con Rea para devorar a Zeus, ésta le entregó la piedra y Cronos la devoró sin pensarlo dos veces.

Cuando era niño me daba miedo dormir, porque dormido no podía saber lo que pasaba a mi alrededor. Me daba pánico la idea de que algo malo pasara y no pudiera hacer nada al respecto. Era tal mi miedo que no podía dormir a menos que mis padres me abrazaran; de otra forma despertaba y rompía en llanto. Pero con el tiempo lo fui superando. Me di cuenta de que siempre podía despertar si algo pasaba, de que siempre había un nuevo día del otro lado.

En ese nuevo día siempre había personas: familia, amigos, compañeros. Gente con la que he compartido los momentos más emocionales de mi vida y que me ha acompañado en los retos más difíciles que he enfrentado; desde estudiar para un examen hasta embarcarnos en planes que nunca pensamos que se volverían realidad. Me he enfrentado a muchas cosas a su lado y en más de una ocasión he pensado que no saldríamos adelante. Pero, de alguna forma u otra, siempre hemos salido victoriosos. Y después de cada victoria viene la celebración, el momento de reírnos de todo lo que horas antes nos había causado tanto sufrimiento. A veces nos juntábamos para celebrar, y otras tantas solo para recordar.

A su lado aprendí cómo se siente la felicidad. Sin embargo, había algo que no me dejaba de molestar, un pequeño zumbido en la parte de atrás de mi cabeza. Entre más tiempo pasaba y más celebraba, se hacía un poco más evidente que toda celebración siempre tiene un adiós. No

importaba cuánto nos quisiéramos o cuantas cosas pasáramos juntos. En algún momento las risas paraban y las despedidas comenzaban. Uno por uno, todos empezaban a irse. La idea me molestaba tanto que pasaba tiempo viendo al techo preguntándome si había alguna forma de alargar el tiempo, de prevenir el adiós.

De pronto recordé la vez que el profesor nos contó el mito de Cronos y cómo el tiempo se comía hasta las piedras. Las piezas iban formando esta imagen que yo me rehusaba a admitir era cierta. Hasta que un día escuche el monólogo inicial de NieR:Automata y ahí estaba la primera frase:

Everything that lives is designed to end.

Era un axioma y, sin embargo, me tomó mucho tiempo aceptarlo. Debí haberme visto como un tonto, teniendo una verdad indudable enfrente y decidiendo negar su existencia por tanto tiempo. No ha sido la única ocasión en la que he hecho eso. De repente cada obstáculo al que me había enfrentado parecía insignificante; siempre podía encontrar una solución. ¿Pero esto?, ¿cómo se supone que resuelva el hecho de que todas las personas que conozco, quiero y amo estén destinadas a desaparecer? Cada evento al que asistía parecía terminar de la misma manera: yo, en el final, preguntándome cuál había sido el punto de todo lo que acaba de pasar si ya había terminado. Me juntaba con mis amigos y mientras los veía reír rompía en llanto por dentro, porque sabía que ese era un momento feliz que nunca podría volver a vivir.

El final presenta una dicotomía única: en ningún otro momento la trágica verdad de que esto no volverá a suceder duele tanto, pero también es el momento donde todos los recuerdos están más cercanos. Es una pintura de acuarela en blanco y negro, que está completa tan solo por un instante antes de que los blancos se mezclen con los negros. y que con el tiempo se torna gris. A veces quiero volver a sentir con la misma intensidad que en ese momento, recrear la imagen que tanto me marcó, pero solo



hay gris.

Maldito sea el reloj y maldito el momento en que comprendí para qué servían las manecillas, pues desde entonces sé que el tiempo nunca da marcha atrás. El tiempo se come hasta las piedras. Designed to end. Nos enseñan que la muerte es la antítesis de la vida, pero ahora entiendo que su verdadero némesis es el tiempo. La vida es finita, el tiempo no lo es. ¿Qué clase de rompecabezas confuso es éste?

¿Cómo se supone que encuentre la solución de este acertijo?, ¿confrontándolo?

Intenté sobreponerme al desafío. Me embarqué en retos más grandes y más duraderos, pero sin importar cuándo tiempo invirtiera en ellos ni cuán orgulloso me sintiera de mis resultados, todos terminaban. Me refugié en las personas que eran más cercanas a mí, en mi familia. Pero cada que les abrazaba veía las marcas del tiempo en sus rostros, cómo ya no eran las mismas personas que cuando era un niño. Me encontré con una persona con quien el tiempo era hermoso y a su lado yo sentía que tenía la fuerza para enfrentarlo todo, pero ni siquiera a ella pude prometerle un 'para siempre'. En el fondo sabía que era una mentira, que el 'para siempre' no existía. Intenté desesperadamente encadenar mi vida en ese presente y

el tiempo rompió esas cadenas sin siquiera inmutarse.

Lamento haberte presentado este problema sin poder ofrecerte una solución, pero la realidad es que no la tengo. Lo más probable es que no exista. Después de un par de meses encerrado en mi casa, lejos de todas esas personas que tanto quiero, finalmente me di por vencido. Derrotado, comencé a ver por mí ventana y observar a los pájaros cantando para encontrar pareja; me preguntaba si en algún nivel ellos sabían que su vida está destinada a terminar y por eso buscaban reproducirse. Me preguntaba si es algo que todos los seres vivos sabemos muy en el fondo y, si resulta serlo, quizá la respuesta vaya más allá de la razón. Puede que en la vida haya retos que no tengan que ser resueltos, caminos que sabemos a dónde llegan sin tener que recorrerlos. ¿Era tan sencillo?

Quizá algún día en el futuro voltee a ver estos problemas de la misma forma que hoy veo a mis miedos de la infancia. Después de todo, es cierto que la sabiduría llega con el tiempo. No creo haber descubierto el hilo negro sobre la vida y, sin embargo, me siento mucho más en paz ahora. Aún me quedan muchos 'adiós' por dar en mi vida, pero llegarán a su tiempo. El día de hoy no tengo mucho de qué despedirme y sí mucho de que disfrutar.

Como lo pájaros, por ejemplo, que siguen cantando fuera de mi ventana. Y más me conviene disfrutarlos ahora porque, como todo lo demás en la vida, ellos también fueron diseñados para terminar.

Bajo la arena
Por Joel Palafox Borja

Déjame de ti ceñido, pues sin ti mi dicha es poca
O ahógame en un olvido y entiérrame bajo una roca,
Deja a mi cariño sembrarte mil jardines de rosas
O permíteme dibujarte con palabras hermosas

Escribe en mi boca como solo tus labios lo hacen
Vuelve a tocar esa lira que con tu alma trastocaste,
Haz que el espíritu en mi ser vuelva ante ti alucinante,
Pues ante tu partida, -de corazón, espíritu, alma y fe- sed, tú me dejaste

¿Es acaso el adiós lo que entre noches tu corazón se lamenta?
Entonces vuelve y halla cobijo en mi ser bajo la tormenta
Pues con silencio calla el ser pero con lágrimas se delata,
esta cárcel de cuerpo y piel que a los dos nos atrapa

Y aunque una distancia nos aparta,
¡Oh, cuánto anhelaba yo poder hacerte el amor con mis palabras!
Pero a veces me asusta el recuerdo de no labrar en el tiempo un templo de nuestros cuerpos
¡Oh, cuánto anhelaba yo desnudar esa tu alma con caricias de palabras!
Pero a veces me asusta no decirte que te quiero antes de pintar el cielo en nuestros cuerpos

Antes de irte, déjame estrecharte entre mi pecho y el vacío de un corazón malherido
Antes de despedirte, déjame recostar a tu lado junto a la arena de un otoño gris y frío
Antes de irme, déjame arrodillarme para besar tu frente una última vez ante Cupido
Antes de despedirme, déjame reposar mi cabeza en tu pecho para sumirme en un idilio

Déjame estrecharte entre mis brazos
Permíteme arrojarte con el sonido de mis letras
Déjame soñarte aun cuando el tiempo no sea más que una idea
¡Pero por Dios!
Permíteme arrullarte bajo las estrellas para poder quedarme en vela corriendo cual centella para
a tu lado a la luna verla

¿Qué es el adiós sino un terremoto que se suscita en nuestros corazones?
Quédate y verás que la forma en que tomo tu mano te dirá cuánto te amo
¿Qué es el adiós sino un fuego que consume la esencia de nuestras pasiones?
Quédate y veremos juntos cómo el cielo está ordenado según lo que el corazón ha dictado

Y si es que aun así te vas, antes,
Regálame una sonrisa o un abrazo bajo la brisa
Deja que el agua fluya sin prisa y discurra el tiempo en tu sonrisa
Conviértete en mi amada o en arrullo de sirena
Regálame una mirada o entiérrame bajo la arena



